

Mestres de España (I)

Narciso de Gabriel

Universidade da Coruña

O 15 de abril de 1885 iniciou a súa andaina na cidade de Pontevedra *Los Maestros de España*. Periódico quincenal de primeira ensinanza. Eran os seus redactores Severiano González Regueral, Emilio Álvarez Giménez e Victoriano Encinas, que conseguiron tirar trece números no prelo de José Millán¹. Na Biblioteca do Museo de Pontevedra, que dispón de importantes fondos hemerográficos, existe —ou polo menos existía— unha ficha deste xornal, pero cando o solicitei para consultalo fíxoseme saber que desaparecera. A mesma sorte tiveron outros colegas que andaron á procura desta publicación.

José López Otero, na súa historia do xornalismo pontevedrés, fornécenos a seguinte información sobre *Los Maestros de España*:

Este periódico se repartía con las entregas o cuadernos de una obra que se publicaba a un mismo tiempo en esta capital que llevaba igual título y era, como indicaba su nombre, de apuntes biográficos de los maestros que más se habían distinguido en la profesión por su talento y laboriosidad; sirviendo de estímulo a quienes tantas fatigas le están demandadas en el desempeño de su misión educadora².

Un exemplar desta obra publicada por entregas foi dar ás mans de Antonio Viñao Frago que, coa xenerosidade que o distingue, me fixo chegar unha copia. Titúlase *Los Maestros de España. Biografías y estudios estadísticos sobre la primera enseñanza* e está editada en Pontevedra, Establecemento Tipográfico de José Millán, 1885. Deixou de publicarse en febreiro de 1886 “por haberse ausentado varios de sus redactores”, segundo se fai constar en nota manuscrita existente no exemplar consultado, que pertenceu no seu día a un dos mestres biografados, Roque Goi Prado.

Os seus redactores eran os tres xa sinalados e Vicente Alcañiz Belver. Severiano González Regueral foi profesor da Escola Normal de Mestres de Pontevedra, que dirixiu entre 1858/59 e 1888/89. Victoriano Encinas tamén exerceu como profesor (1880/81-1894/95) e director (1892/93-1895/96) desta Escola, presidindo as asocia-

¹ José López Otero, *El periodismo en Pontevedra*, Pontevedra, Imp. de Rogelio Quintans, 1899, páx. 65.

² *Ibid.*

cións organizadoras do Congreso Rexional Pedagóxico (1887) e da Asamblea e Exposición Escolar de Pontevedra (1894)³. Emilio Álvarez Giménez, de orixe zamorana, afincárase na cidade de Pontevedra en 1857, onde dirixirá o Instituto durante moitos anos, sendo ademais autor de diversas obras de carácter literario e historiográfico⁴. Vicente Alcañiz Belver desempeñaba por estas datas o cargo de Inspector de ensino primario na provincia de Pontevedra. Trátase, como se pode apreciar, das principais autoridades provinciais en materia escolar.

Como o seu propio título indica, a obra consta de dúas partes, biografías e estudos estatísticos. Os segundos analizan a evolución cuantitativa da instrucción, os progresos asociados ás principais reformas e o camiño que restaba por percorrer. As primeiras, que son as que nos interesan nesta ocasión, pretenden reivindicar a importante función social encomendada a mestres e mestras e constatar o escaso pago e consideración que reciben polo seu traballo. Para subliñar este contraste relátanse os méritos contraídos polos seguintes profesores:

- Domingo Antonio Fariñas (Ourense, 1808)
- José María Ortega Hidalgo (Guadalajara, 1818)
- Manuel Sergio Cuevas Bacener (Porto Rico, 1818)
- Manuel González y González (Pontevedra, 1824)
- Francisco Javier Pimentel (Pontevedra, 1824)
- Gregorio Pedrosa Gómez (Ourense, 1824)
- María Aurora Amado (Pontevedra, 1824)
- Nemesio Almanzón y Pradas (Cuenca, 1827)
- Miguel Bemposta Núñez (Pontevedra, 1827)
- Benito Francisco Domínguez (Ourense, 1827)
- Lorenzo Carballo Otero (Pontevedra, 1831)
- Joaquín Carballo y Otero (Pontevedra, 1833)
- Juan Álvarez y Sánchez (Asturias, 1836)
- Eduardo Ogando y Simón (Pontevedra, 1837)
- Tomás Campos y Marcos (Burgos, 1839)
- Marcelino de Santiago (Salamanca, 1837)
- Gregorio Herrainz de Heras (Cuenca, 1842)

³Anxo Serafín Porto Ucha, *A Escola Normal de Pontevedra (1845-1940)*, Santiago, Universidade de Santiago de Compostela, 1994, páxs. 53-55 e 77-82.

⁴Antonio Couceiro Freijomil, *Diccionario bio-bibliográfico de escritores*, Santiago, Bibliófilos Gallegos, 1951, vol. I, páxs. 43-44.

Vicente Pérez Sierra (Zamora, 1842)
 Ildefonso Fernández y Sánchez (Toledo, 1843)
 Juan Fernández Acebedo (Badajoz, 1843)
 Antonio Andrés del Villar (Zaragoza, 1843)
 Elías Arias Camisón (Cáceres, 1846)
 Estanislao Martínez Esquivias (Cuenca, 1847)
 Matilde Alcayaga Losalde (Guipúzcoa, 1847)
 Roque Goi Prado (Lugo, 1849)
 Manuel María Vicente Cousiño (Pontevedra, 1851)
 Esteban Oca y Merino (Logroño, 1851)
 Manuel Lombardero y Arruñada (Asturias, 1852)
 Rafael Janer y Soler (Porto Rico, 1852)
 Celestino Buján Suárez (A Coruña, 1857)
 José Morte Molina (Córdoba, 1858)
 Benigno Garrido Pena (Pontevedra, 1860)
 Antonio Trasmonte Velasco (Santiago 1860)
 Gerardo García Blázquez (Salamanca, 1866)
 Francisca Torres Fernández Otero (Santiago, sen data de nacemento)
 Juan Benito Álvarez Domínguez (Pontevedra, sen data de nacemento)

O total de biografías ascende a trinta e seis, das que tan só tres corresponden a mulleres. O máis vello nacera en 1808 e o máis novo en 1866. Dezasete eran de orixe galega, outros tantos procedían de varias provinvas españolas e dous de Porto Rico.

A nosa intención é reproducir en Sarmiento as biografías dos mestres galegos —agás a de Antonio Trasmonte Velasco, que está incompleta no exemplar ao que tivemos acceso— en dúas entregas e e unha escolma das restantes nunha terceira entrega. Neste número reproducimos, por orde cronolóxica⁵, as de seis mestres e dúas mestras, e no seguinte aparecerán os oito mestres restantes. Será tamén daquela cando faremos unha breve análise das biografías e tiraremos algunhas conclusións das mesmas.

⁵ Incluímos nesta primeira entrega as biografías de Juan Benito Álvarez Domínguez, que acadou o certificado de aptitude en 1841, e de Francisca Torres Fernández Otero, que se fixo mestra elemental en 1852.

Don Domingo Antonio Fariñas

Es este maestro el decano de los de la provincia de Pontevedra, habiendo cumplido 77 años de edad en Enero último, pues vio la primera luz el 17 de dicho mes en la ciudad de Orense el año 1808.

De naturaleza privilegiada, tiene la dicha, a pesar de los largos días que cuenta, de hallarse en toda la plenitud de sus facultades intelectuales y poseer vigor de cuerpo admirable para atender como en su juventud a la pesada tarea de su ministerio. Sorprende ver su letra clara, hermosa, igual, con sus caídos y perfiles perfectamente sujetos a las más exigentes (sic) reglas de la caligrafía.

Asiste a la escuela con asiduidad, y su carácter más apacible cuanto más avanza en edad, le grangea profundas simpatías entre sus discípulos, obligándoles a seguir con más gusto sus consejos y a oír con más aprovechamiento sus lecciones que si le temiesen.

Es una cariñosa solicitud la suya que acaso no esté exenta de egoísmo. Comprende que así no se debilitan tanto su alma y su cuerpo, y se afana por evitar con su dulzura y paciencia las luchas que entablarse suelen entre el maestro y los discípulos: los del Sr. Fariñas le conocen, le quieren, y no abusan. No es esto decir que alguna vez no se inicien tempestades; pero son como nubes de verano, sin que tenga necesidad el maestro de emplear el *quos ego*...

El Sr. Fariñas es un profesor anciano, pero feliz en lo que cabe en la actualidad. Veamos ahora algo de su vida, en que no lo ha sido tanto.

Muy niño era aún cuando tuvo la desgracia de perder a su padre, que murió peleando valientemente en defensa de la independencia de la patria en la batalla de Alba de Tornos el 22 de Noviembre de 1809, teniendo el empleo de subteniente. Quedole a la viuda una pensión de cien reales mensuales, cantidad bien escasa en verdad para atender a la subsistencia de sus tres hijos y de su anciano padre, inutilizado en campaña en la guerra con los franceses.

Viose, pues, la pobre señora obligada a buscar medios no solo para dar a seres tan queridos el preciso sustento; sino la educación que para sus hijos como madre cariñosa ambicionaba. No faltó quien se compadeciese de la tristísima situación en que había quedado, y así es que, resolviéndose a dedicarse a la industria de la panadería, la ayudó la caritativa persona, a que aludimos, en tal empresa, proporcionándole de este modo recursos con que poder remediar sus males y llenar las primeras necesidades de la vida. Crió a su tierno hijo con verdadera solicitud, y afanosa por su bien, tan pronto como vio que podía recibir la primera educación en la escuela, a ella le envió. Hizo enseguida el niño notables progresos, y una vez enterado de los únicos y por cierto escasos conocimientos que en aquella época poseía un maestro,

pensó la madre de nuestro biografiado en dedicarle a una carrera literaria, para la que le suponía, y con razón, con felices disposiciones. Matriculóle, pues, en el Seminario conciliar de San Fernando de Orense, donde estudió Latinidad y Humanidades y un curso de Teología.

Por no disgustar a la que le dio el ser, seguía el estudioso joven la carrera del sacerdocio, y aunque no la miraba con aversión, tampoco eran suficientes a hacérsela agradable ni los consejos de amigos y parientes, ni las ventajas que con ella se le auguraban.

Así es que, desligado con el fallecimiento de su madre de cierto compromiso que le imponía el cariño que le profesaba y la obediencia filial, trató de buscar pronto un medio de ganar la subsistencia, ya que no contaba con bienes de fortuna para seguir otra carrera.

Hallábase vacante a la sazón la Escuela pública de niños de Orense y la pretendió en competencia con varios, habiéndole nombrado el ayuntamiento para regentarla interinamente. Diez años pasó dedicado a perfeccionar sus conocimientos, a instruir niños y a preparar adultos para el ingreso en el Magisterio de 1^a. enseñanza, sin que por este último servicio admitiese retribución alguna, y logrando siempre que todos elogiase su celo, inteligencia y desinterés.

En 1841 se sacó a concurso la escuela que regentaba, y ninguno de los aspirantes pudo presentar una hoja de méritos como la suya, razón por la cual el municipio de Orense le nombró maestro en propiedad.

Más tarde prestó servicios en la Escuela Normal de aquella provincia, como regente de la práctica, y en el Instituto de 2^a. enseñanza como sustituto del profesor de Geografía e Historia.

Tomando en cuenta su admirable conducta, la Reina gobernadora le dio gracias en 27 de Abril de 1840 por el *celo con que llenaba su deber en la enseñanza*; más tarde la Academia científica y literaria de Maestros de Santiago le nombró socio de mérito, la comisión provincial de Orense miembro de la Academia de profesores, y varias autoridades y juntas provinciales y locales le han significado su consideración y han consignado las gracias y alabanzas por su excelente comportamiento en cartas y comunicaciones oficiales.

Son estos por lo general los únicos, pero gloriosos trofeos que el Maestro gana en las luchas continuas que sostiene.

¡Dichoso quien los logra; que no a la fortuna ni al favor son debidos! Si no dan medros personales, proporcionan satisfacción al alma y dejan el legado de un buen nombre.

Por razones de conveniencia para la familia o de salud, entabló el señor Fariñas en 1859 una permuta con el profesor del *centro de Vigo* y fue nombrado maestro de esta Escuela, la cual desde aquel año viene desempeñando. En dicha ciudad, y a excitación de uno de los hombres más amantes de

la pública instrucción que hemos conocido, el señor D. Ricardo Solleiro, estableció una escuela nocturna de adultos que tuvo abierta durante tres años con asistencia numerosa y logro de brillantes resultados. El Sr. Fariñas no cobró retribución ninguna por este servicio.

Varios otros méritos tienen nuestro biografiado, que no es necesario mencionar para que los lectores formen juicio de lo que ha sido en su vida, consagrada casi toda a la educación de la infancia. Si feliz ha sido en cuanto es posible, respecto del resultado de sus afanes y trabajos como maestro, no ha sido tan afortunado como padre de familia. Ha tenido la inmensa desgracia de ver morir a sus tres hijos varones, después de haber llegado a educarlos e instruirlos con esmero, y a uno de ellos cuando como auxiliar le acompañaba ya en la Escuela. Quédale el consuelo de que cuenta con tantos hijos adoptivos como discípulos, que en mucho le quieren y respetan, y no ha faltado quien le haya dedicado frases de cariño en solemnes ocasiones, como la que aprovechó el ilustrado escritor y entendido hacendista D. Modesto Fernández González al inaugurarse las sesiones del Congreso pedagógico ha pocos años reunido en Madrid.

Para terminar esta biografía debemos añadir que el Sr. Fariñas Ortiz ha socorrido a sus parientes pobres en lo que ha podido, y que así como a muchos ha dispensado gratuitamente los beneficios de la instrucción, ha favorecido a otros con los de caridad.

La Junta de Instrucción pública de Pontevedra le ha recomendado al gobierno para una recompensa. Un año va a cumplirse desde que tal acuerdo tomó, y pena sentimos por que al escribir estas líneas no podemos enviar al anciano Maestro con el testimonio de nuestro aprecio la enhorabuena por alguna distinción, a la que es tan acreedor por sus virtudes y méritos en la carrera.

Si el sabio y justo varón que hoy dirige la pública enseñanza, Aureliano Fernández Guerra, llegase a fijarse en nuestras palabras, no dudamos que hallarían eco en su corazón y concedería al Sr. Fariñas la recompensa de que es digno.

¡Cincuenta y tres años consagrados a educar la niñez con celo, amor e inteligencia jamás desmentidos, bien merecen un premio que halague siquiera el noble y legítimo orgullo!...

¡Ojalá que nuestros votos se vean cumplidos!

Don Juan Benito Álvarez Domínguez

En cada provincia de España, para honra del Magisterio de primera enseñanza, existe mayor o menor número de Maestros, a los cuales no llamaremos pléyades, pero sí brillante grupo, donde se encuentran los mejores, los más notables, los más *escogidos entre los llamados*, dentro del país en donde viven.

Son una especie de estado mayor, por decirlo así, de ese ejército que en cada región combate contra los errores y preocupaciones, a la vez que guía a seres débiles y necesitados de dirección y amparo por las sendas de la inteligencia y de la virtud.

Todos los soldados de ese ejército valen o mucho o algo; todos cumplen sus deberes bien o regularmente; todos militan con más o menos fe bajo las banderas en que se alistaron; pero no todos tienen iguales facultades, ni han demostrado ni demuestran igual valor, ni están igualmente resueltos a seguir en la vida gloriosa sí, pero llena de privaciones y penalidades.

Por eso hay quienes se distinguen, y en lo que son y significan y merecen nos ocupamos para presentarlos como dignos de consideración y aprecio. Uno de ellos es D. Juan Benito Álvarez Domínguez, cuya biografía vamos a escribir.

Nació este Maestro en el lugar del Gorgullón —término municipal de la Cañiza, provincia de Pontevedra— de padres labradores, que poseían algunas haciendas que por su propia cuenta cultivan.

Desde los primeros años de su infancia dio muestras nuestro biografiado de tener más que regulares disposiciones para poder brillar en cualquiera de aquellas carreras que más inteligencia y más aplicación exigen; pero ni aún pudo seguir, por razones que diremos, la de militar a la que desde luego se manifestó más inclinado.

La escasez de recursos de sus padres impedía a estos permitirse el lujo de dedicarle a otros estudios que a los de la primera enseñanza. Hizo estos en Pontevedra bajo la dirección de buenos Maestros, y sobre todo oyendo las lecciones de Don Francisco Rodríguez Ocampo, secretario de la Comisión de enseñanza, que se valía de él para auxiliarle en los trabajos de la oficina.

Instruido suficientemente en las primeras letras y en la gramática latina, conociendo el Sr. Ocampo lo que su discípulo sabía, lo útil que para él era, llegó a ofrecerle un pequeño sueldo que el Sr. Álvarez Domínguez se negó a aceptar.

Dedicose a adquirir algunos conocimientos de derecho patrio y a su práctica como curial, y tales adelantos hizo que a poco tiempo tuvo ya a su cargo el despacho, como oficial mayor, de dos escribanías. Era este un medio de instruirse y de ganar lo bastante para atender a las necesidades de la vida, mientras esperaba que llegase el día que la patria le llamase a las armas, pues constituía su bello ideal la carrera militar. Tocale, pues, la suerte de soldado como él deseaba, y aunque sus padres querían librarle del servicio de las armas por más que tuvieran que vender algunos bienes, llamábale la inclinación por tal camino y en él entró lleno de entusiasmo y fe. Pensaba *hacer carrera* como otros muchos, y ciertamente que condiciones contaba para ello.

Ingresó, pues, en el batallón provincial de Tuy, que estaba acantonado en la raya de Francia, y del cual era coronel un primo carnal del resuelto recluta. Dedicole su pariente a los trabajos de oficina, haciéndole estudiar la orde-

nanza y la instrucción militar con objeto de que presto ascendiese. Regresó a poco tiempo a Galicia, bajo las órdenes del entonces brigadier Iriarte, y cuando más ilusiones se forjaba su mente, cuando más satisfecho estaba de las pruebas de cariño que le daban sus jefes, cuando más decidido y resuelto se hallaba a seguir el camino emprendido, una grave enfermedad que le puso a los bordes del sepulcro, hizo que se le declarase inútil para el servicio, perdiendo así todas sus ilusiones. Esta es la vida: cuando más cerca creemos la meta, páranse los bridones y caemos en la arena.

Acogió a nuestro angustiado joven, y por cierto con cariño, un tío suyo carnal residente en Tuy, ministro jubilado del Tribunal especial de Guerra y Marina.

De él aprendió algunas nociones de Filosofía y otras materias, pudiendo, durante el tiempo que estuvo a su lado, dedicarse a la lectura y estudio de importantes documentos antiguos, que a la sazón existían en el archivo de la catedral de la referida ciudad, con lo cual adquirió conocimientos especiales respecto de formas de letras y aun históricos que mucho le enseñaron.

Pero no estaba ni podía estar satisfecho nuestro biografiado con este género de vida, y comprendió que le era preciso buscar otro en el que se asegurase una posición en la sociedad.

Hallábase con conocimientos bastantes para basar su porvenir en la carrera del Magisterio, la abrazó con decisión, y en menos de un año se preparó para ganar el certificado de aptitud, que se le concedió en Pontevedra en 1841. Abrió inmediatamente escuela particular en el pueblo de Creciente, a la que a poco tiempo concurrían en tan gran número los niños y niñas de varias parroquias y ayuntamientos limítrofes, que se vio en la necesidad de dar lecciones a horas extraordinarias. Esto halagó su natural y legítimo orgullo, y pensó que, aunque con trabajo, tenía ya asegurada su subsistencia. Obligole el aplauso de los padres, la protección de todos los vecinos, el cariño que todos le manifestaban a instruirse más y más y a responder a las pruebas de consideración de que era objeto, demostrando celo creciente en el ejercicio de su ministerio.

Diez años vivió obligado a subvenir a sus necesidades con las retribuciones de los niños pudientes, hasta que el ayuntamiento del citado pueblo nombrole Maestro de la Escuela pública de la cabeza del distrito, mediante concurso, a que se presentaron varios pretendientes.

Después de haberse instruido convenientemente en el sistema métrico decimal se matriculó como alumno en le Escuela Normal de Maestros de Pontevedra, y cursados los años necesarios, fue aprobado para título superior, que se le expidió en fines de 1868.

Hizo ejercicios de oposición, que el Tribunal aprobó por unanimidad, y desde entonces es Maestro en propiedad de la Escuela del referido Creciente, pasando de cuarenta y cuatro años los que cuenta de servicios en la enseñanza pública y privada.

Durante este largo periodo ha dado lecciones a gran número de adultos, teniendo abierta escuela nocturna, sin que por ello haya recibido retribución alguna. Tampoco la ha recibido por trabajos estadísticos de varias clases que en diferentes ocasiones le ha encomendado el ayuntamiento.

En los cortos ratos de ocio que le ha dejado libres el cumplimiento de sus deberes se ha dedicado a escribir dos obras sin pretensiones; pero que revelan inteligencia y conocimientos, tituladas la una *Corrección de vicios* y la otra *Epítome de la Historia Sagrada* con láminas explicadas por medio de notas. ¡Lastima es que el laborioso Maestro no las haya terminado!

En algunas ocasiones ha demostrado que sabe escribir y producir el efecto que se propone. No recordamos por que años, pero sí nos consta, que habiéndose celebrado en Creciente una *Misión*, hizo la reseña de ella con tal tino y discreción que el Padre misionero le dio las gracias desde el palacio episcopal donde pudo leer en un periódico dicho trabajo, que terminaba con un soneto regularmente escrito.

En honor del celoso Rector que fue de la Universidad de Santiago Don José Viñas, y censurando ciertas medidas tomadas por otra autoridad literaria, escribió un artículo que insertó *La Constancia*, periódico de primera enseñanza, y en el que se advierten las buenas dotes que el señor Álvarez Domínguez tiene para poder ser un buen escritor. Su gran modestia ha sido y es su mayor enemiga y no pocas veces le ha perjudicado. En cierta ocasión escribió un soneto *Al Redentor del mundo*, que publicó el periódico de que hemos hablado; uno de Madrid lo insertó como de redacción, y sin embargo su autor calló.

Seis hijos, cuatro hembras y dos varones ha tenido el Sr. Álvarez Domínguez, a todos los cuales, menos a uno, ha instruido para la carrera del Magisterio de primera enseñanza, gozando hoy de la satisfacción de verlos colocados en regulares Escuelas. El que no es Maestro pertenece al cuerpo facultativo de Telégrafos, y ejerce en la actualidad el cargo de jefe de estación en la isla de Cuba.

Una vez más se presenta a nuestra consideración el hecho de que un pobre Maestro sin más recursos que su corto sueldo, malamente pagado, ha hecho casi un milagro en la educación de sus hijos. ¡Cuánto cariño, cuántas privaciones, cuánto trabajo supone conducta semejante!

Tal vez, y sin tal vez, no se vea fácilmente fenómeno igual en otras clases de la sociedad. Y es que el género de vida del Maestro, sus constantes afanes en bien de los demás, su sobriedad nacida como de una ley, sus virtudes como de natural inclinación y hasta de necesidad como en nadie, todo le obliga a mirar a su familia con verdadero interés, a no ser descuidado con sus hijos, a hacerles contraer hábitos de laboriosidad, a arraigar en su corazón afectos generosos y a dirigir su voluntad por rectos caminos, formando así ciudadanos, aunque pobres, regularmente instruidos y suficientemente honrados.

El actual Maestro de Creciente puede también vanagloriarse de los elogios que le han tributado en muchas ocasiones las autoridades y Juntas por su irreprochable porte, por su celo e inteligencia en el desempeño de sus funciones, y aun nos consta que allá por los años de 1870 estuvo a la firma del Jefe del Estado la orden concediéndole la cruz de María Victoria....

El rey dejaba su corona al mismo tiempo que nuestro biografiado perdía su cruz. Desde entonces nadie se ha acordado de concederle otra. Es verdad que el Sr. Álvarez Domínguez tampoco la ha pedido. En cambio, y sírvale ello de compensación, el público se la concede de respeto, consideración y aprecio. No brilla a los ojos como las de oro, y no puede ostentarla en el ojal de su levita; pero orgulloso puede guardarla en su corazón y dejarla como legado precioso a sus hijos.

Don Manuel González y González

He aquí otro humilde y modesto Profesor de la provincia de Pontevedra, a quien no podremos elogiar por sus escritos y obras dedicadas a la enseñanza, porque de ninguna es autor; pero si nos da motivo por su conducta a que le consideremos como un mentor de la infancia, digno de figurar en nuestras biografías, no siendo inferior en mérito a muchos de los que han pasado ya por delante de nosotros.

Hijo de labradores, dueños de escasos bienes, vio la primera luz en San Julián de Gulanes —provincia de Pontevedra— el día 7 de Junio de 1824.

No habían pasado aun tres meses desde su nacimiento, cuando Dios se sirvió llamar a su padre al cielo, porque allí debió ir quien vivió y murió en el seno de la religión católica, honrado y estimado de todos.

Nuestro desgraciado niño no conoció, pues, a su padre y no pudo ser dirigido en sus primeros años con aquel acierto y tino que necesitaba, aunque no le faltaban los cuidados y el cariño de su madre. Pero ésta bien pronto y por desdicha suya dejó las tocas de su viudez y tampoco nada ganó el niño. De manera que a los 8 años de edad no sabía más que mal rezar las oraciones del cristiano.

Un tío suyo, sacerdote en San Juan de Chenlo —ayuntamiento del Porriño— que con disgusto había visto el casamiento de su hermana política, que conocía que su sobrino no tenía en el hogar paterno el amparo y protección debidos, que veía las disensiones del matrimonio —mal ejemplo por cierto para el niño— compadecido de él, le llamo a su lado a fin de educarle.

Era el Maestro de aquella parroquia un pobre labrador y más pobre en conocimientos, y por lo tanto nada o muy poco adelantó el sobrino del sacerdote bajo la dirección de tan mal educador.

Dio la casualidad que por el año de 1834 apareció en Chenlo un sargento de Carabineros, que retirado del servicio y anciano pensó pasar los últimos

días de su vida en aquel país.

Sabía leer y escribir regularmente, y a instancias de varios padres de familia abrió una Escuela que se vio tan concurrida por niños de tres parroquias, que llegó a ser número en ocasiones de más de 150.

Aprovechase de esta circunstancia nuestro niño, y allí acudió ávido de estudiar y aprender, lo que consiguió de tal modo que a poco tiempo estaba perfectamente enterado de cuanto necesitaba saber para emprender estudios superiores.

Inclinábase su tío a que siguiese la carrera eclesiástica a fin de que a su fallecimiento le sucediese en la fundación de la capilla que poseía por derecho de herencia, y manifestó sus deseos al joven escolar. No carecía este de vocación para ello y gustoso accedió a lo que se le proponía.

Empezó, pues, a estudiar la lengua latina bajo la dirección de su tío y de otros sacerdotes de la parroquia; pero a poco tiempo tuvo que desistir de sus propósitos, viendo que, efecto de la guerra civil carlista, se había decretado la suspensión de órdenes para el sacerdocio.

De la vida pacífica y tranquila del estudiante pasó a la ruda del labrador, y a las faenas del campo dedicose hasta la época en que se vio exento del servicio militar. No por eso dejó durante aquel tiempo de cultivar en los ratos de ocio su inteligencia, y con verdadera perseverancia procuró adquirir mayor suma de conocimientos, sobre todo en la Aritmética, que era su ciencia favorita.

Conociendo el buen tío las excelentes dotes y aplicación del joven, llegó a parecerle mal que se ocupase en los trabajos del campo y pensó en que podía fácilmente adquirir los conocimientos necesarios para ganar el título de perito-agrimensor. No le agradaba mucho al sobrino tal profesión; pero convencido de que los recursos no le permitían seguir otra carrera, aceptó lo que se le proponía y paso desde luego a hacer sus estudios bajo la dirección de peritos titulares de crédito.

Más tarde aprendió las Matemáticas con el Profesor del Seminario de Tuy Sr. Domínguez, que teniendo ocasión de apreciar las buenas facultades intelectuales de su discípulo, lamentábase de que no pudiese dedicarse a mejor carrera. Las palabras del Profesor hicieron mella en el ánimo del sacerdote y resolvió este imponerse un sacrificio para que su sobrino se dedicase a la enseñanza.

Así, pues, matriculose nuestro biografiado en la Escuela Normal de Pontevedra; pero hasta 1847 no pudo examinarse de Maestro, pues a consecuencia del movimiento revolucionario ocurrido en Galicia en 1846, cerráronse los establecimientos de enseñanza en Pontevedra y no se verificaron los exámenes.

Al propio tiempo que había cursado en la Escuela Normal de Maestros las asignaturas propias del grado elemental, no dejó de ampliar sus conociemien-

tos en Agrimensura, recibiendo lecciones particulares del entendido Profesor de dicha Escuela Don Juan Codina.

En dicho año de 1847, a ruegos de varios padres de familia, abrió Escuela particular en La Levada —ayuntamiento del Porriño— y a satisfacción de los interesados la desempeñó según consta de certificado del Alcalde que hemos visto.

En 1848 fue examinado de perito ante el Jefe político de Orense y en el mismo año se le expidió el correspondiente título.

En 1850, hallándose vacantes las Escuelas de la Piedra de Vigo y la de Salvatierra, hizo ejercicios de oposición a ellas, que le fueron aprobados, sin que pudiera obtener ninguna, habiendo sido grande el número de aspirantes.

Por concurso pretendió enseguida la de Puentesampayo, para la cual fue nombrado en Octubre de 1850, regentándola hasta el año 1853 con gran celo, según se confirma por otro certificado expedido por la autoridad local de aquel pueblo.

Después de haber sido examinado en el mismo año de la asignatura de sistema métrico-decimal, obteniendo el número 33 entre todos los Maestros de la provincia que a la capital fueron llamados para dar pruebas de su idoneidad, permutó con el Profesor de Gondomar, no sólo por acceder a los deseos de este, sino por buscar pueblo mejor para la salud de su esposa y por acercarse más a su familia.

Bien pronto fueron solicitados sus servicios por quienes no ignoraban lo que valía el Sr. González y prestolos por largo tiempo como auxiliar en la secretaría del Ayuntamiento, corriendo a su cargo todos los trabajos más delicados, entre ellos los del censo de población.

Inútil es que digamos que no por eso desatendió el cumplimiento de sus deberes como Maestro. Antes al contrario como tal hízose estimar y elogiar por su celo e inteligencia en la enseñanza y aun por su honradez, bien notoria.

Esta última cualidad le valió que en dos distintas épocas se le confiase el cargo de Depositario de los fondos municipales.

En Septiembre de 1866 fue nombrado Secretario interino del Ayuntamiento, empleo que desempeñó tan sólo un mes por ser incompatible con el de Maestro; pero tan a gusto de la corporación prestaba sus servicios que le rogó continuase dispensándose los, aunque con carácter privado, y auxiliando al nuevo secretario. Hízolo así el Sr. González y no se limitó a esto, sino que logró unir voluntades, deshacer intrigas y matar odios entre los vecinos, de manera que durante los 8 años que él influyó en la cosa pública, se puede decir que en Gondomar no hubo partidos. Se atendía tan sólo al bien de la localidad, y ya fueran liberales o reaccionarios, monárquicos o no los que pretendían la representación del distrito, cualquiera era elegido con tal de que hubiera la convicción de que tenía deseos de proporcionar algún bien al pueblo.

Indudablemente el Sr. González y González en el período a que nos referimos llegó a ejercer una gran influencia en todo el distrito municipal de Gondomar y ello fue causa de que, al cambio de la situación política, con miras estrechas y obedeciendo a intereses bastardos se intentase perseguirle y perjudicarlo en sus intereses, honra y fama. He aquí el premio que se destinaba para el hombre que no había hecho más que bien, procurando la paz y el bienestar entre sus convecinos. No triunfaron las aviesas intenciones, y de todos sus enemigos salió victorioso nuestro biografiado.

Hubo de causar impresión en su ánimo, sin embargo, lo que contra él se intentó, y desde entonces hizo juramento de no mezclarse en asuntos de política, y lo ha cumplido hasta tal punto que hoy no le importa un ardite que manden tirios o troyanos, quiere la paz para él y para su familia, vivir estimado de todos y dedicado única y exclusivamente a ejercer las funciones de su cargo. La política casi siempre da por premio desengaños.

En 1876 estableció una Escuela nocturna para adultos que con gran resultado tuvo abierta hasta 1878. A ruegos de varios padres de familia volvió a abrirla en el año próximo pasado y por todo ello ha recibido un voto de gracias de las Juntas provincial y municipal de Instrucción pública.

El cielo ha dado a este Maestro seis hijos, cuatro hembras y dos varones, a quienes ha instruido en la enseñanza elemental, educándolos con el celo y cariño de un buen padre en los principios de la más severa moral. Tiene la satisfacción de recoger el fruto de sus afanes, viendo a sus hijas a su lado ocupadas en las labores de su sexo y trabajando para ayudarlo a sobrellevar las cargas de la familia.

Con su corto sueldo de 825 pesetas y los pocos rendimientos de algunos bienes de su esposa y algunas gratificaciones por servicios particulares ha podido sufragar los gastos ocasionados con motivo de los estudios a que se han dedicado sus dos hijos. Uno se halla en la capital de la República Argentina al frente de un comercio, y como buen hijo envía cuando le es posible algunas cantidades para que su padre atienda mejor a las necesidades de la familia. Es el otro sacerdote y vive en compañía de ésta y no sólo ayuda al Maestro en sus penosas tareas de la enseñanza sino que también de sus estipendios como sacerdote dedica no pequeña parte al mismo objeto que su hermano.

¡Dichoso padre que cuenta con tan buenos hijos y dichosos hijos que han tenido tan buen padre!

Don Francisco Javier Pimentel

No por vocación, sino por necesidad a que obligan singulares circunstancias de la vida, dedícase el hombre a las veces a una carrera o profesión en la que cifrar debe todas sus esperanzas y en la que hallar puede tan sólo los medios de subsistencia. Así nuestro biografiado. Su padre, militar pundono-

roso, de sano juicio, de regular posición, pues poseía algunos bienes de fortuna, pero un tanto dominado por aquel espíritu que imperaba allá por los años en que el gobierno absoluto de Fernando VII estaba en su apogeo, y en que la religión tenía más alistados en los conventos que la milicia soldados en las ciudades y fortalezas, creyó lo más acertado para el porvenir del joven, dedicarle a la carrera de la Iglesia. Tal vez pesó en su ánimo para tal resolución vehementemente deseo de no exponer a su hijo a los azares de la vida militar, y a la que creyó a este inclinado.

La verdad es que tan pronto como nuestro biografiado estudió, y por cierto con aprovechamiento la primera enseñanza en la Escuela Pía de la Piedra en Vigo, le encomendó su padre a la dirección de D. Sebastián Martí para que le instruyese en la Latinidad y humanidades, con objeto de enviarle más tarde a seguir sus estudios a un Seminario conciliar.

Corría el año 1839 cuando el estudiante cumplía los 15 de su edad, pues había visto la luz en Pontevedra el 24 de Julio de 1824 y llevaba tres dedicado a adquirir conocimientos en la lengua latina.

Por obediencia y por dar gusto a su padre no se había revelado (sic) hasta entonces contra sus deseos; pero a una edad en que comienza a despertarse la propia voluntad, en que se piensa ya en algo sobre el porvenir y se forjan dorados sueños, difícil es dejar de oír la voz de los gustos e inclinaciones, que en varias causas por otra parte tienen su raíz y origen.

Agradábale a nuestro joven jugar en la playa con las olas, embarcarse cuando podía, estrechar la callosa mano del marinero, oír de sus labios las mil aventuras de la vida del mar, conocer otras tierras y otros climas, poder vestir el uniforme del marino, que a tantos y tantos hijos de las costas deleita, y un día decidióse por decir a su padre que estaba reñida con su carácter y con sus aficiones la carrera a que pensaba dedicarle.

Oyole el padre un tanto enojado, pero comprendió la inquebrantable resolución de su hijo, y se limitó a hacerle algunas observaciones y a darle varios consejos. Ni unas ni otros hicieron mella en el ánimo del joven. Partió este pues, para el Ferrol, y en su Escuela de Náutica estudió la carrera de pilotaje con el pensamiento de ingresar más tarde en la armada de la nación. En 1842 recibió el título de tercer piloto para Europa. Embarcose presto, e hizo diferentes viajes con suerte, hasta que un día triste, y bien triste par él, pues mató sus ilusiones, padeció naufragio, salvando milagrosamente su vida y siendo trasladado a tierra extranjera. Regresó a poco tiempo a su patria y sin recursos entonces, huérfano, desconocido y olvidado de sus parientes, no pudiendo ya llevar a cabo sus propósitos, resolvióse a buscar en el magisterio su puerto de refugio y el medio de atender a su subsistencia.

De la vida ruda y activa y llena de peligros de la mar, pasó a la cátedra, donde sólo se respiraba paz y se oye la voz de la inteligencia. Dedicose, pues, con ahínco al estudio, y con gran aprovechamiento aprobó en la Escuela Normal de Maestros de Pontevedra todas las asignaturas de la carrera, recibiendo en 1848 el Real título de profesor de 1^a. enseñanza.

Desde entonces resolvió a consagrar su vida a la educación de la niñez, ya que la suerte no le abría otros horizontes, y si bien a ello le obligaba la necesidad, debemos consignar que no emprendió con repugnancia el único camino que le quedaba, sino con cierta satisfacción: que allá en la Escuela, educando e instruyendo y en medio de la paz y tranquilidad de que su alma se hallaba ansiosa, juzgaba que lograría relativa felicidad, pudiendo ser útil a los demás, ya que no pudo serlo tanto como ambicionó para sí mismo. Las ilusiones habían muerto: empezaba la realidad de la vida.

En 1849 obtuvo el Sr. Pimentel por concurso la primera Escuela, que sirvió a satisfacción de las autoridades, lo que le animó para perseverar en sus propósitos. La práctica en la enseñanza y los libros que consultaba le dieron nuevos bríos y alientos, y así es que después de regentar otras Escuelas en propiedad, pero no satisfecho por haberlas alcanzado sin demostrar sus conocimientos en lucha con otros, se presentó en 1853 a oposición para aspirar a la de Carril, que ganó, desempeñándola hasta 1869.

Intereses de familia y otros motivos que no conocemos, le obligaron a permutar en dicho año con el Maestro de Oya, y desde entonces viene sirviendo esta Escuela.

Se ha distinguido siempre por su celo en el cumplimiento de sus deberes, y pruébanlo claramente los informes del inspector del ramo que hemos leído y sobre todo el voto de gracias que mereció en 1857 de la junta de Instrucción pública por el buen desempeño de su cargo.

En diferentes ocasiones ha sido juez examinador para Escuelas incompletas de su distrito.

Cuenta este profesor más de 36 años de servicio en la enseñanza.

Como padre de familia el Sr. Pimentel es también digno de elogio. Ha educado bien a sus hijos y les ha procurado la instrucción debida. A pesar de su corto sueldo de 825 pesetas, ha dado a uno de ellos, haciendo todo género de sacrificios, la carrera del sacerdocio. Lleva su mismo nombre, es excelente profesor y secretario del Seminario conciliar de Tuy, y aún regular orador sagrado.

Don Gregorio Pedrosa Gómez

Es este Profesor uno de los pocos de quienes se han publicado antes de ahora noticias biográficas, pues ya algunas se leen en el *Faro de la Niñez*, periódico que veía la luz en Madrid por el año 1850. Aquellos ligeros estudios nos servirán de base para el comienzo de los nuestros, ampliándoles por consiguiente tanto cuanto nos lo proporcionan la diligencia y cuidado con que procuramos hacer nuestras investigaciones.

El actual Director de la Escuela Normal de Maestros de León nació en la ciudad de Orense el día 28 de Noviembre de 1824, de una familia noble y

distinguida. Contaba el niño muy corta edad, cuando tuvo la inmensa desgracia de que falleciese su excelente padre, persona que gozaba de grandes simpatías por su bello carácter y no común ilustración.

En el hogar doméstico recibió de su cariñosa madre una buena educación, que se completó con la que con verdadera solicitud le dio el ya por nuestros lectores conocido, celoso y entendido maestro D. Domingo Antonio Fariñas.

A la edad de 12 años, enterado ya perfectamente de todas las materias de la primera enseñanza, se dedicó al estudio de la Latinidad y Humanidades, pasando después al Seminario de San Fernando de dicha ciudad a cursar las asignaturas de Filosofía que ganó con brillantes notas. No era su ánimo basar su porvenir en la carrera de Teología, así es que, terminados aquellos estudios, puso singular empeño en prepararse para ingresar en la Escuela de Comercio de la Coruña; pero cuando más afanoso se dedicaba a los estudios preparatorios para tal objeto, anuncióse una vacante de alumno pensionado de la Escuela Normal Central y la pretendió sin que nada supiese su familia, habiéndosela concedido la Diputación provincial de Orense que le prefirió entre los veintidós jóvenes que a ella aspiraban.

Marchó, pues, a Madrid en 1844, y allí hizo sus estudios con el mayor aprovechamiento, habiendo alcanzado la censura de *Notable* en todas las materias que cursó.

Era su deseo vehemente formar parte del claustro de profesores de la Escuela Normal de Orense, si acaso la establecía la Diputación provincial, y así es que enseguida regresó a su país natal a fin de trabajar para la realización de su pensamiento; pero personas mal avenidas con los intereses de la enseñanza y que siempre ponen obstáculos a todo lo útil, impidieron que se crease en Orense un establecimiento tan importante, y nuestro biografiado experimentó los primeros disgustos en su carrera.

Compensáronle de ellos en parte las satisfacciones que tuvo con instruir a varios Maestros de la provincia, que le buscaban con afán para que les pusiese al corriente de conocimientos pedagógicos que el señor Pedrosa profundamente poseía.

Pero no se avenía tal vida con sus aspiraciones, y pronto dejó la ciudad de Orense, pasando a la de Oviedo en 1847 a desempeñar la plaza de 2.º Maestro de su Normal. Por supresión de esta Escuela fue nombrado Inspector de 1.ª enseñanza de Asturias, cuyo cargo ejerció hasta el año de 1849. Entretanto y aprovechándose de los beneficios de la ley, que le permitía incorporar los estudios hechos en el Seminario, se graduó de Bachiller en Filosofía en el Instituto de Oviedo. También se hizo en Madrid Regente de 2.ª clase en la asignatura de Matemáticas elementales, título que habilitaba entonces para aspirar a cátedras de Institutos.

Bien se ve que nuestro biografiado no perdía el tiempo y que trataba de ganar títulos para todo evento; pues no confiaba mucho en el porvenir de las Escuelas Normales. Pero en 1849 fue nombrado Inspector de la 1.ª ense-

ñanza de la provincia de León y ya se propuso consagrarse por completo a su cargo, que en aquella época bien necesitaba de los mejores deseos, energía, constancia e inteligencia para dar impulso a la enseñanza, en provincia donde estaba a la verdad poco atendida.

Nos atrevemos a afirmar que acaso la mejor página de la historia de este Profesor se halla en el largo periodo en que desempeñó su cargo de Inspector. Apuntemos algunos datos que lo demuestren.

En 1849 contaba la provincia de León con 916 Escuelas de niños y 9 de niñas, sin que hubiera ni una sola de párvulos. Asistían a ellas 17.642 niños y 6.494 niñas.

Al cesar el Sr. Pedrosa, había en la provincia 221 Escuelas más de niños y 98 de niñas, asistiendo a las primeras 30.995 alumnos y a las segundas 12.410 alumnas.

Además, 158 pueblos fueron subvencionados por el Estado para construir los unos y reparar los otros edificios para Escuelas, invirtiéndose a este objeto la cantidad de 973.775 reales.

Todas estas mejoras y adelantos se debieron, como hemos indicado, al Sr. Pedrosa Gómez, que infatigable no cesó ni un día en excitar el celo de las autoridades y el interés de los particulares, removiendo toda clase de obstáculos para conseguir sus nobles propósitos. No necesitamos decir, porque demasiado lo adivinan nuestros lectores, el número de informes, de expedientes, de escritos de varia índole, de visitas, de suplicas y ruegos de que tuvo que valerse el señor Pedrosa para realizar tan buenos resultados. Ello supone un largo periodo de trabajo constante, digno de todo elogio. He aquí por que lo mereció y muy expresivo del Sr. Gobernador, de la Junta de Instrucción pública, del Rector, de la Diputación provincial, del Gobierno y de todos los amantes de la enseñanza y por que se le nombró Caballero de la Real orden Americana de Isabel la Católica y se le concedió la Cruz de primera clase de la orden civil de María Victoria. Distinciones son estas, como otras muchas alcanzadas por el Sr. Pedrosa, que honran tanto más cuanto que son debidas no al favor o a la amistad, por cuyos medios los logran acaso algunos, sino al mérito personal y a la justicia. Es cierto que no siempre y todos los que la merecen llegan a alcanzarla; pero a nosotros nos es grato aplaudir sin reserva y hasta con entusiasmo esas pruebas de distinción cuando recaen en personas como el Sr. Pedrosa. A él se debe también el que la provincia de León fuese la primera que pagase a los Maestros el aumento gradual de sueldo.

Las múltiples ocupaciones y trabajos de nuestro biografiado como Inspector no le impedían dedicarse a otros, bien importantes también, demostrando así una actividad de espíritu y una salud admirables. Durante la referida época escribe una *Aritmética* en colaboración con el Sr. Viadera; más tarde establece una Cátedra pública y gratuita, donde explica el sistema métrico-decimal; en 1854 publica un *Cuaderno autografiado* para lectura en las Escuelas y en 1856 funda, dirige y redacta un periódico titulado *El Mentor*

de los Maestros, cuya adquisición es recomendada por la Comisión superior de Instrucción primaria de León. En el mismo año da a luz un *Manual de geografía descriptiva de España* y en 1863 un *Nomenclátor estadístico de la provincia de León*, que mereció la aprobación de la Junta general del Reino.

Durante ese período de 19 años, ocupose además en trabajos de varia índole, por los que mereció distinciones y plácemes y ocupar puestos de importancia en algunas sociedades científicas.

Así es que en 1852 por acuerdo del Consejo superior del Instituto de África, y a propuesta de su Junta de presentación, fue nombrado miembro de aquel Instituto establecido en París; en 1854 le admite en su seno la Sociedad Económica de Amigos del País de León y más tarde le nombra su Vice-secretario. Desempeñó luego una Cátedra en la Escuela Normal, y tomó parte en los trabajos de estadística, recibiendo por ello un voto de gracias del Gobernador mientras que una Real orden disponía que aquellos le sirviesen de mérito en su carrera.

En 1861 la Sociedad Económica de León le nombra su secretario, en el propio año la Sociedad Arqueológica Tarraconense socio de número corresponsal, en 1862 la Asociación Industrial Portuense socio de mérito, en 1863 el Ateneo Catalán miembro honorario y en 1869 la Sociedad Económica Matritense socio corresponsal.

No nos detendremos en enumerar las felicitaciones, plácemes y votos de gracias que recibió de autoridades y corporaciones. Baste saber que fueron muchos y siempre merecidos.

Después de la brillante campaña que como Inspector hizo el Sr. Pedrosa Gómez, sin dejar de trabajar, según hemos visto, en otras esferas, quiso sin duda buscar un relativo descanso en distinto puesto, aunque en él podía ser útil también a la enseñanza, y aceptó el cargo de primer Maestro de la Escuela Normal superior de Maestros de León, el cual viene desempeñando desde Julio de 1869.

Consagrado a dirigir su Escuela, ha demostrado un celo y un interés poco comunes para darle toda la importancia que establecimientos de esta clase exigen. Puede vanagloriarse de que es una de las mejores de España. Lo que convendría es que los afanes y esfuerzos del Sr. Pedrosa en pro de la pública enseñanza lograsen el debido galardón, como acreedores a él son tantos y tantos Profesores que ya hemos visto figurar en nuestra humilde obra y otros que a lo sucesivo figurarán.

Ya lo hemos dicho varias veces y no nos cansaremos de repetirlo. Lo presente es bien triste para el profesorado en general y sobre todo para el de la primera enseñanza en sus diversos órdenes. La esperanza halagadora ha venido desde 1857 endulzando en parte las amarguras que experimentamos, sin llegar nunca a disfrutar del bien apetecido.

¿Qué porvenir le aguarda al señor Pedrosa después de tantos años de servicio, después de una vida profesional sin mancha, después de tantas distin-

ciones y méritos alcanzados, después de tanto prestigio como le rodea?... ¿Y a su familia el día en que él fallezca?

La patria señala una pensión a la viuda y huérfanos del simple portero de una oficina del Estado; pero no da ni un miserable mendrugo de pan a la compañera del Maestro ni a sus infelices hijos. ¡Cuántos cuadros de horror hemos presenciado y cuántos en los momentos en que escribimos se repiten en las provincias de España!...

Dios quiera que llegue un día en que un Ministro se conduela de la situación del pobre mentor de la infancia. ¡Qué página de gloria para él y cuántas bendiciones no le esperan!

Don Miguel Bemposta Núñez

La modestia y la honradez, prendas morales que al hombre en gran medida enaltecen, haciéndole por otra parte objeto de la consideración y aprecio de sus semejantes, brillan con frecuencia en los Maestros españoles, y en algunos hasta un grado tal que bien pudieran considerarse como pequeños Catones, tanto más dignos de respeto, cuanto que viven en medio de una sociedad, donde el osado y el necio ganan muchas veces laureles, y el poco escrupuloso en asuntos de interés logra medros.

El ejemplo y el éxito son enemigos tentadores y preciso es estimarse en mucho, tener ese verdadero amor propio que tanto elogia y recomienda Séneca para librarse de ellos y seguir el camino que dicta la sana moral.

¡Cuántos Maestros modelos en este punto pudiéramos presentar para el estudio de nuestros lectores! Casi siempre en nuestras biografías los hemos aplaudido por el celo, inteligencia y constancia en el desempeño de su misión civilizadora. Pocas veces hemos hablado de su modestia y de su gran probidad, y es que es raro, rarísimo el que no las atesora. Pero hay algunos, como hemos indicado, que las poseen en alto grado y cuando los encontramos, nos detenemos un poco para observarlos, los estudiamos con cariño y respeto, los admiramos y no podemos menos de exclamar ¡Benditos seáis mentores de la infancia, que en vuestra pobreza dais elocuentes pruebas de humildad y honradez!

He aquí uno de esos Maestros que por este concepto honran la clase a que pertenecen, D. Miguel Bemposta y Núñez.

Nació en modestísimo hogar, de padres artesanos y honrados, que ganaban el pan con su cotidiano y duro trabajo en una herrería.

Viole nacer el lugar de la Bouza —parroquia de Sta. Eulalia de Rivadumia en la provincia de Pontevedra— el día 8 de Agosto de 1827.

Dedicose desde la edad de seis años al estudio de la primera enseñanza y a los doce hallose con toda la instrucción suficiente para poder seguir una carrera literaria; pero si sus disposiciones y conocimientos eran bastantes

para el caso, no así los recursos de que disponía su padre. A poco tiempo murió este, y se vio en la necesidad el niño de ayudar a su madre en las faenas del campo para proporcionarse el sustento.

En los ratos que libres le dejaba el trabajo, dedicábase nuestro biografiado a leer cuanto libro le proporcionaban sus amigos y aun copiaba de aquellos lo que le agradaba, procurando de paso mejorar su letra, que es en verdad una de las mejores que hemos visto.

Dos años después contrajo su madre segundas nupcias con D. Ángel Benito Barral, Maestro habilitado, al cual ayudaba el Sr. Bemposta en sus tareas. Al año falleció el Maestro, y su joven ayudante con beneplácito de la Junta local y de los padres de familia quedó al frente de la Escuela hasta que fue repuesto en ella el propietario, que por intrigas de la localidad había sido separado.

Habiendo cobrado afición a la enseñanza el Sr. Bemposta y teniendo ya fama de buen Maestro fácil le fue abrir Escuela particular, y para ello eligió la parroquia de Fragas —ayuntamiento del Campo— donde por espacio de dos años enseñó tan a gusto y satisfacción del vecindario que le ofreció sufragar los gastos para que adquiriese el título de Maestro elemental, a fin de que así autorizado por la ley y con el prestigio que da una carrera pudiese mejor llenar su cometido. Rasgo fue este que no podemos menos de aplaudir por lo pocas veces que se ve y por el buen concepto que hace formar de aquellos habitantes en la época citada. Pero no aceptó el Sr. Bemposta el ofrecimiento por no ligarse demasiado con un compromiso que tal vez obligado por la necesidad tuviera algún día que romper. Agradeció, como no podía menos, el obsequio y así lo hizo público.

Su situación era precaria: la edad avanzaba y no podía permanecer más tiempo sin pensar seriamente en su porvenir. Los pequeños ahorros que tenía, pues su genero de vida sobrio y austero y su carácter se los habían proporcionado, a pesar de lo poco que ganaba, fueron invertidos en los gastos de matrícula, libros y manutención para seguir y terminar la carrera en la Escuela Normal de Pontevedra.

En Setiembre de 1847 aprobó los ejercicios de Maestro elemental, cuyo título se le expidió en Agosto de 1848.

Conocido en Rivadumia por sus buenas cualidades, se le nombró oficial de la secretaria de dicho Ayuntamiento, cuyo cargo desempeñó por espacio de tres años, proporcionándose así la subsistencia y a la vez atendiendo a su pobre y anciana madre y a su única hermana Doña María Bemposta.

Agradábale poco la vida de un trabajo sin descanso, monótona y sin alicientes ni estímulo que pasaba encerrado en la Secretaría del Municipio, que le privaba de tiempo y gusto para entretenerse con sus amigos favoritos que eran los libros, y así es que aprovechó la ocasión de estar vacante la Escuela de Leiro, en el mismo partido de Rivadumia y la pretendió, empezando a desempeñarla en Enero de 1851. Pasó después a la de la cabeza del distrito municipal y más tarde a la completa de Meis, tornando en Enero de 1856 a

Rivadumia para ponerse al frente de la Escuela, mediante concurso. Es ésta la que actualmente desempeña después de haber practicado los ejercicios necesarios a demostrar su aptitud ante el Tribunal competente como gran número de sus compañeros tuvieron que verificarlo en aquel tiempo para legalizar y asegurar su situación. Entonces fue cuando nuestro biografiado hizo ver los conocimientos que poseía, así como ya los había demostrado bien seguros en el sistema métrico decimal en 1853 al sufrir examen de esta asignatura en Pontevedra, obteniendo uno de los primeros números de suficiencia entre los muchos profesores que para tal prueba fueron convocados.

En 1857 fue nombrado vocal de la Junta del censo de población del referido Rivadumia y elegido Secretario ejecutó con sumo esmero los trabajos que a tan delicado encargo correspondían. Del mismo modo llenó su cometido en 1860 y fueron muy aplaudidos su celo e inteligencia cuando en 1865 desempeñó el cargo de vocal de la Junta de ganadería. Es de observar que siempre que se levantó alguna voz para alabarle y pedir que de algún modo se le recompensase, siempre suplicó que no insistiese en tan buenos deseos, que él agradecía y estimaba, pero cuya realización no deseaba.

Con tal sinceridad, con tan natural y encantadora modestia pedía, que llegaba a convencerse el que quería obsequiarle, que era causarle disgusto, si no accedía a lo que solicitaba. Muchos ejemplos como este de su vida pudiéramos citar que probasen más y más lo que apuntamos.

Cuenta este Maestro cerca de 35 años en la enseñanza oficial, sin que en este largo período haya dado el menor motivo de queja por su comportamiento, siempre ajustado a la más estricta observancia de sus deberes, razón por la cual ha merecido gran número de votos de gracias y menciones honoríficas de las autoridades y el ser clasificado, después de haberle obligado a presentar su expediente, en el Escalafón de mérito con derecho a cobrar por aumento gradual 50 pesetas anuales, que viene disfrutando desde 1878.

Vive el Sr. Bemposta en un país donde generalmente los niños aprenden tan sólo los rudimentos de las materias de primera enseñanza para dedicarse luego a las faenas agrícolas; pero él ha tenido la satisfacción de alentar y estimular a muchos padres de familia para que permitiesen que sus hijos se instruyesen con toda la extensión debida en la Escuela, lo que ha hecho que algunos alumnos, en quienes él notaba talento, hayan podido seguir con lucimiento una carrera literaria. No citaremos nombres; pero algunos conocemos nosotros que deben a su Maestro la posición que hoy ocupan por haber aconsejado de la manera que acabamos de indicar y dirigiéndoles de modo conveniente. Véase cuanto puede hacer un buen Maestro, aunque no a todos les es dable conseguir idénticos resultados, a pesar de sus nobles deseos, puesto que la esfera en que viven no es la misma. Para hacer el bien no basta a veces querer: es necesario dar con espíritus susceptibles de amoldarse a los buenos intentos.

Por su notable comportamiento, modestia y honradez mereció el Señor Bemposta que le nombrase administrador de sus bienes y rentas en

Barrantes el Sr. Conde de Malvar, habiéndole concedido su hijo político D. Manuel Becerra Armesto igual consideración a la muerte de aquél.

Si bien nuestro biografiado ha vivido continuamente dedicado a sus tareas en medio de la satisfacción que da la conciencia del bien obrar, contento por ser querido de todos y lleno de noble orgullo por ser considerado por las autoridades, no ha dejado de tener sus días de amargura y llorar desgracias que profundamente afectan al hombre de corazón.

Nos referimos a la muerte de su amada esposa Doña Ramona Arriba, y de su idolatrada madre. De aquélla le quedaron cinco hijos, a quienes con el auxilio de la que le dio el ser educó en las santas máximas de la moral cristiana, presentándoles como ejemplo su propia vida. También ha tenido el sentimiento de perder a su hijo político D. Manuel Noya de edad de 21 años, joven de grandes esperanzas y singulares prendas.

La amistad que nos une el Señor Bemposta no nos ha sugerido los elogios que le hemos dedicado. Obedecemos tan sólo a un sentimiento de justicia, que si a la voz del afecto prestásemos atención, aun sin exagerar, mucho más podríamos decir del laborioso, modesto, inteligente y honrado Maestro de Rivadumia.

Doña María Aurora Amado

Acabamos de coordinar los apuntes y notas biográficas referentes a esta profesora, y debemos confesar que en pocas ocasiones como en la presente hemos cogido la pluma tan a nuestro gusto para escribir una biografía. Y no es porque brille Doña Aurora Amado por singular talento, o vasta instrucción o por notables obras, hijas de su inteligencia.

Aunque la comparación sea vulgar, queremos estamparla.

Es la violeta humilde que halla el caminante por acaso, no menos hermosa por estar oculta y escondida.... Es nuestra biografiada la figura severa de una especie de sacerdotisa cristiana consagrada desde muy niña a rendir ferviente culto a las más santas virtudes. Es la mujer digna de todo respeto y aprecio por haber cumplido con celo y abnegación sus deberes lo mismo como hija que como esposa, que como Maestra.

La índole de nuestra publicación permite, y cada día más en verdad lo celebramos, que, al estudiar la vida profesional de los biografiados podamos hablar de la vida privada, en la que resplandecen hechos y rasgos notables.

En la primera al par que estudiamos los adelantos en la enseñanza, procuramos hacer resaltar la constancia en el trabajo y los conocimientos e instrucción del educador. Convencidos estamos en lo utilísimo de esta labor; pero también lo estamos de que para ser perfecta y para proporcionar toda la justísima admiración a que son acreedores, sin distinción de sexo, los encargados de la educación de la infancia, necesita el complemento de sus

abnegaciones, luchas y penas privadas; complemento tan necesario para conocer a los Maestros, como lo es por ejemplo el que los grandes descubrimientos se prueben en la piedra de toque de la experiencia a fin de conocerse de su utilidad e importancia.

Y no se crean estas afirmaciones exageradas como si fueran nacidas de un entusiasmo fanático.

Somos enemigos acérrimos del fanatismo y por nada, ni aun por lo que con la primera enseñanza se relaciona, exclusivo objeto de nuestras aspiraciones, entregamos a la fantasía las riendas de la fría razón y del escrutador juicio; pero estamos plenamente convencidos de que en el hogar doméstico, ante el sin número de privaciones que tiene que sufrir, las inmensas penas que tiene que ocultar y las constantes humillaciones que forzosamente tolera, es donde debe y puede admirarse a ese pobre jornalero del saber, que es tanto menos considerado, cuanto más trabaja y se afana, y tanto menos retribuido cuanto más elevada y santa es su misión.

Perdónennos nuestros lectores tan largo comienzo; pero entusiastas por la enseñanza y los encargados de darla, sentimos —cuando de Maestros nos ocupamos— el entusiasmo y la pena tan igual e intensamente que no somos dueños de dejar que corra la pluma a impulsos del sentimiento que nos domina.

Esto que de ordinario nos sucede, se deja sentir con más fuerza al ocuparnos, como vamos a hacerlo, de una Maestra, que cual todas las que saben serlo, es instructora y hermana de la caridad de los niños, su amiga y su madre.

De la misma manera que cuida de aquel delicado y frágil organismo, procurando robustecerlo, cuida, atiende y robustece aquella incierta e incipiente inteligencia; y así como, cuando es necesario, limpia y asea el pequeño cuerpo, así también con el cuidado más exquisito separa y limpia del alma toda idea errónea, todo germen de impureza.

¡Ah! si los padres y los legisladores pensaran bien en lo que es una buena Maestra, si conocieran como debían, la bondad de carácter, la sensibilidad exquisita y la abnegación constante, sin límites que hacen falta para atender en todas sus necesidades, y durante seis horas todos los días a los hijos de todas las madres, como si hijos propios fueran, más consideradas estarían socialmente y con menos indiferencia serían miradas.

Con orgullo, pero sin atender para nada a la galantería que a señoras se debe, por que en la ocasión presente no la necesitamos, vamos a dar una prueba incontestable de lo que en las precedentes reflexiones queda sentado.

Nos bastará para ello apuntar algo de lo mucho que ha hecho en pro de la enseñanza y de los niños la Señora Doña María Aurora Amado y Boullosa.

En la villa de Marín y en 1.º de Mayo de 1824, nació nuestra biografiada, siendo sus padres D. Roque y Doña Cayetana, comerciantes acreditados en esta ciudad de Pontevedra.

A pesar de que tuvo nueve hermanos fueron siempre tan buenas sus condiciones de carácter y tanta su laboriosidad que los autores de sus días la distinguieron y consideraron tal vez más que a ninguno de los hijos desde sus primeros años.

Las faenas domesticas, las labores propias de su sexo en las que se distinguió notablemente, siendo justo y legitimo orgullo de sus Maestros Don Joaquín Avendaño y Doña Dolores Martínez su esposa, y los cuidados del comercio, fueron las ocupaciones a las que se consagró durante su infancia.

En una y otros descolló no sólo por su asiduidad sino por su pulcritud y paciencia, que ya indicaban sus buenas condiciones para la enseñanza, enseñanza que a su cargo y dirigida por su claro criterio había de dar tan buenos resultados como más adelante veremos.

A pesar de que por lo dicho anteriormente se comprenden perfectamente sus no comunes facultades para el Magisterio de primera enseñanza no hubiera sido nunca Maestra, pues la fortuna de sus padres y el cariño que la profesaban habrían sido motivos suficientes para que no se dedicara a una carrera, que si por demasiado noble y santa enorgullece, por lo penosa y lo poco estimada que es socialmente causa desaliento, quizá en algunos vergüenza, contribuyendo esto a que sean contadísimos los que por vocación a ella se consagran.

Decíamos que no hubiera sido nunca Maestra, y no lo sería si la necesidad en forma de drama doméstico, no la hubiera obligado primero a buscarse la vida trabajando en costuras y bordados, y después dedicándose al Magisterio.

Separados sus padres por cuestiones que no son de este sitio, la niña Aurora sufrió uno de los más crueles dolores filiales. Nos referimos al del tener que dejar la compañía de la que tuvo en sus entrañas para vivir con su padre; no porque ella así lo quisiera, pues como buena hija quería tan igualmente a los autores de sus días que la hubiera sido imposible elegir, sino por que según tenemos entendido así le fue forzoso hacerlo.

Antes de seguir adelante, cúmplenos hacer una advertencia que juzgamos pertinente y justa.

Nos consta por personas fidedignas y serias que los padres de nuestra biografiada eran estimados generalmente, tanto por su honradez como por su laboriosidad, lo cual no impidió el que casi en su vejez por causas tal vez infundadas se separaran amistosamente.

Esta separación a quien más daño hizo, con seguridad, fue a la niña Aurora que para huir de disgustos y sufrimientos, y en la imposibilidad de vivir con su padre y madre al mismo tiempo y teniendo que aguantar en su casa a alguien a quien no debía querer ni soportar, trató de no depender de nadie para lo cual, cuando aun no tenía quince años, buscó trabajo como modista, y con él vivió honesta e independientemente hasta que empezó a estudiar para Maestra en el año 1848, teniendo que hacerlo particularmente, porque aún no existían las Escuela Normales.

Aunque someramente hayamos relatado lo anterior por no permitirnos su índole hacerlo de otra manera, habrán podido apreciar nuestros lectores lo anómalo y difícil de la situación de nuestra biografiada ¡Cuánta virtud no necesitó para resistir, cuando sólo tenía quince años, a los enemigos que su juventud y belleza le acarreaban!

¡Cuántas hubieran sucumbido en tal lucha y cuán pocas habrían conseguido como nuestra biografiada defender de las manchas del lodo de las pasiones el puro y blanco manto del honor!

Hasta 1852 no terminó la carrera de Maestra superior, para cuyo título practicó en Santiago los ejercicios de prueba de asignaturas y revalida, en los que, merced a unos brillantes ejercicios premiados con la nota de *sobresaliente*, obtuvo gratis el título.

No fue el anterior el único beneficio que obtuvo por sus notables exámenes, ellos le valieron también el que en el mismo año que terminó su carrera, en 1852, fuera nombrada entre varias que la solicitaban, Maestra de la Escuela pública de niñas, recién creada en la citada villa de Marín, lugar de su nacimiento.

Dedicose con tal entusiasmo a su profesión que tan a su pesar y con tantas lagrimas había abrazado, y fueron tales los adelantos y buenos resultados que en la enseñanza obtuvo, que el Ayuntamiento creyó de su deber premiar de alguna manera sus trabajos y desvelos, acordándole para esto un aumento de 250 pesetas sobre el de 333,25 que tenía. Todo esto dentro del primer año.

En Noviembre de 1853 alcanzó en virtud de permuta la Escuela completa de niñas de esta capital dotada con el sueldo anual de 666,25 pesetas, dotación que disfrutó hasta el 13 de Agosto de 1858 en cuya fecha por consecuencia de la R.O. de 15 de Diciembre de 1857 y a excitación de la Junta de Instrucción pública se le concedió el sueldo de 733,25 pesetas.

En 11 de Febrero de 1867 fue elevada su dotación a la cantidad de 1.000 pesetas, habiendo sido confirmada en el cargo y sueldo por el Ilustrísimo Sr. Director general de Instrucción pública en vista de los ejercicios que para dicho objeto practicó en Agosto del mismo año.

Con actividad constante, sin desmayar nunca y si es posible cada vez con más resultados siguió desempeñando, sin por ello obtener ningún premio, su elevado sacerdocio hasta que en 1880 su laboriosidad y dotes para la enseñanza hicieron que el Ayuntamiento aumentara 100 pesetas a su sueldo.

Aunque en nuestro concepto no son necesarios para que un Maestro cualquiera sea admirado y digno de toda consideración, más méritos que los que significan y representan ¡33 años! de servicios y continuos desvelos, que son los que cuenta nuestra biografiada; como quiera que no cumpliríamos con la misión que nos hemos impuesto omitiendo lo digno de alabanza, y a pesar de las no cortas dimensiones que este trabajo va adquiriendo, reseñaremos siquiera sea ligeramente algo de lo mucho bueno y notable de esta profesora además de lo expuesto.

En 1852 hizo oposición a la Escuela pública de niñas de la ciudad de Vigo, mereciendo ocupar el primer lugar en la terna.

Aprobó los ejercicios por mayoría de votos en las oposiciones que para proveer la plaza de Directora de la Escuela Normal de Maestras, de Pontevedra, se verificara en Marzo de 1861.

Desempeñó satisfactoriamente por su acierto y buenas cualidades, así como también por su ilustración la plaza de Directora interina de la mencionada Escuela.

Multitud de veces ha formado parte de los tribunales de exámenes de Maestras y de oposiciones a Escuelas de vacantes.

Y por último no podemos resistir al deseo de exponer los notables resultados que en la educación de un niño sordo-mudo obtuvo.

Todos aquellos de nuestros comprofesores que conozcan siquiera sea someramente la índole de la enseñanza de esos pobres seres sin oído —centinela avanzado de la palabra, tan necesario a ella como la luz a la visión y como la sensibilidad al tacto— desterrados en su patria y entre su misma familia, sin medios de comunicación, sin ideas de nada de lo que no entra por los sentidos y por consecuencia, sin conocimientos sociales, sin ver otra cosa en la muerte que el sueño, sin presumir tal vez lo que es Dios, todos aquellos de nuestros comprofesores decimos, que conozcan la índole de la enseñanza de sordo-mudos, comprenderán los grandes obstáculos que nuestra biografiada tuvo que vencer para, sin haber hecho con anterioridad estudios especiales, educar e instruir a su discípulo.

No se crea que la enseñanza que le dio fue rudimentaria. A pesar de los conocimientos previos que para enseñar a sordo-mudos son necesarios, puesto que los métodos son muy diferentes y los procedimientos especialísimos, le enseñó parte de las operaciones aritméticas fundamentales, a leer, a escribir y bastante de pronunciación.

Mucho más completa puede ser la enseñanza de un sordo-mudo, pues si con relación a cierto orden de ideas, por ejemplo las psicológicas, por su carácter antimaterial, es difícilísimo llevarlas a la inteligencia; en cambio en Aritmética, Dibujo, Pronunciación, Lectura labial, etc., no es posible limitar el grado de perfeccionamiento a que puede llegar; lo cual no obsta para que Doña Aurora Amado hiciera verdaderos imposibles dados los medios que tanto intelectuales como materiales tenía. Orgullosa debe con justicia estar del verdadero triunfo que en la enseñanza del desgraciado sordo-mudo alcanzó.

Mencionaremos, antes de terminar, la conducta dignísima de encomio que en la larga y penosa enfermedad de su esposo D. Tomás López, observó. Con resignación constante y cariñosa solicitud cuidole hasta su muerte después de doce años de sufrimientos, destinando cuanto tenía y cuanto ganó a que nada le faltase ni en lo relativo a asistencia facultativa ni en todo lo demás que era necesario.

Antes de casarse vivió para los niños y los disgustos, después de casada lo mismo, y para sufrir con su marido. Nunca desatendió la enseñanza. Nunca dejó, a pesar de los grandes motivos de desaliento fundados en los continuos padecimientos morales y materiales que soportaba por tantos y tan múltiples caminos, de ser afable y cariñosa con sus discípulas, bien que su carácter fuera agriándose cada vez más, pues no en vano se sufren desgracias y contrariedades. Se dominaba y vencía, y solo para ella reservaba los dolores.

Aunque los sacrificios de los Maestros pocas veces son tenidos en cuenta por lo mismo que siempre debieran tenerse presentes, hemos de decir en honor de Doña Aurora Amado, y también de sus discípulas que acaso no haya una de éstas, muchas hoy casadas y con hijos y muchas también abuelas, que no recuerde con respetuoso cariño las lecciones de tan notable profesora.

Gran número de las señoras y señoritas de la buena sociedad pontevedresa la deben en gran parte sus buenas cualidades y su ilustración.

Multitud de Maestras notables, entre las que recordamos la directora y profesoras de la Escuela Normal de esta provincia, la del Arrenal de Vigo, la de la Estrada, le deben en gran parte su posición.

Ha sido siempre estimada y querida de sus profesores D. Joaquín Avendaño y Doña Dolores Martínez, así como también de todo este pueblo que no es ni puede ser ingrato con ella.

Con tal entusiasmo ha ejercido la enseñanza y de tal modo se ha portado que aunque en ocasiones hayan sido muchas sus alumnas a todas ha cuidado y atendido, a todas ha educado y enseñado, sin auxiliar, ni ayudante.

Véase en vista de lo expuesto si nuestra biografiada es justísimamente acreedora no sólo al general respeto y consideración, sino a algo que en concepto de premio y como prueba de la ilustración de nuestro Ayuntamiento, contribuya a que cuando descansa, que no puede tardar, ¡es mucho ya el tiempo que lleva dedicado a la enseñanza! tenga, ya que no lo que merece, por lo menos lo necesario para que privaciones de esas perentorias no aumenten sus amarguras demasiado grandes sin su esposo y sin la salud que era de desear, y haga que no se avergüence de haber pertenecido a ese sacerdocio de la inteligencia, uno de los más hermosos e importantes de la sociedad.

Doña Francisca Torres Fernández Otero

Difícil es la tarea de la Maestra de Escuela, por ser como la madre de muchos hijos, árido el camino que recorre por el penoso trabajo a que le obliga su misión, no muy risueño acaso su porvenir por no hallar la debida recompensa a sus afanes; pero si da contento la conciencia del deber cumplido, si es un triunfo ver realizados los buenos propósitos, si es una gloria ganar el respeto y cariño de los discípulos, la alabanza de las personas honradas y la consideración de las autoridades, todos los contentos, todos los triunfos,

todas las glorias que puede proporcionar el Magisterio las ha logrado en su larga carrera la Profesora cuyo nombre encabeza estas líneas.

Doña Francisca Torres Fernández Otero, nació en la antigua ciudad de Compostela.

Muy niña aun y siguiendo la suerte de su padre, que era humilde empleado, trasladose a Vigo, donde recibió la instrucción primaria en una de las más acreditadas Escuelas.

Su aplicación y su aprovechamiento fueron premiados primeramente con el cariño y consideraciones de su Profesora y después con el título de Ayudante de la misma Escuela, título que debió tan sólo a su mérito, pues la edad era en verdad bien corta para desempeñar un cargo de esa naturaleza.

Los lazos de cariño que la unían con un hermano suyo la obligaron a pasar a Portugal, y los adelantos que admiró en la bella ciudad de Lisboa, en donde permaneció cinco años, aumentaron en ella el amor que tenía al estudio, al que siguió dedicándose con no interrumpido afán.

De regreso a Vigo, algunas señoras de la villa de Cangas le rogaron que se encargase de la educación de sus hijas, pues conocían lo que la virtuosa joven valía para cargo tan delicado.

A esta tarea, pues, consagró todos sus desvelos, que vio recompensados con los resultados más lisongeros (sic).

Modesta por temperamento no se creía digna de tanto elogio como se le tributaba y de las simpatías de que era objeto. Aún más: no se consideraba acreedora a la confianza que a todos inspiraba, pues no poseía título profesional alguno que diese carácter e importancia a la noble misión que se le había encomendado.

Entonces fue cuando más bien por corresponder a las pruebas de afecto que recibía, que por otro motivo, se decidió a hacerse Maestra elemental, empezando así la amarga y espinosa carrera del profesorado, cuyas dificultades se proponía vencer ella sola, pues, sino con la oposición tampoco podía contar más que con la indiferencia de su familia en este particular.

Los excelentes exámenes que hizo ante la Comisión superior de la provincia de Pontevedra en 26 de Febrero de 1852 le valieron aquel título, que le fue expedido en 12 de Julio del mismo año.

Continuó en la villa de Cangas dedicada completamente a la enseñanza hasta 1855, en que sus padres, con los que puede decirse no había vivido nunca, exigieron su regreso a Vigo, mandato que acató como hija obediente.

De seguro que la ilustrada profesora guardará siempre en su memoria el recuerdo de aquel día en que todo un pueblo le demostró de muy diferentes modos el sentimiento que su ausencia le causaba, como guardará en su corazón amistad y simpatías para aquellas personas que la alentaron en los primeros pasos de su carrera profesional, y para aquellas niñas, sus primeras discípulas, a quienes educó con el cariño y afán de una hermana.

Las autoridades de Cangas, siempre deferentes con la joven Profesora, expidieron en su favor brillantes certificados acerca de su inteligencia y laboriosidad y conducta moral; documentos que deben ser para ella inapreciable tesoro, por que constituyen el primer estímulo para que no decayese en el difícil camino que había elegido.

En Vigo, y animada por el éxito alcanzado, estableció una Escuela particular, que se vio luego concurrida por muchas y distinguidas alumnas, habiendo obtenido los mismos resultados y mereciendo iguales elogios.

Vacante la plaza de profesora de la Escuela pública de niñas, muchas fueron las personas que, conociendo sus relevantes dotes, la animaron a pretenderla.

Árdua era la empresa, por la clase de oposiciones que la ley exigía y muy dudoso el éxito por la competencia de las personas que a ellas concurrían.

En 29 de Agosto de 1855 se celebraron los ejercicios, y en 1.º de Octubre del mismo año tomaba nuestra joven posesión del honroso cargo. Las brillantes pruebas que dio de su saber le valieron un lugar en la terna; y el buen concepto que merecía a la junta municipal, hizo que fuese elegida entre las dignas personas que la formaban.

Desde entonces se propuso consagrar todos sus afanes, todos sus desvelos, toda su vida a la enseñanza, y con tan feliz éxito, que, celebrados los exámenes a los dos meses de hacerse cargo de la Escuela, la junta local de instrucción pública, según consta en su libro de actas, acordó, entre otras cosas, "que se manifestase a la Profesora, la satisfacción que le han causado los adelantos obtenidos en la enseñanza y el buen orden, método, y disciplina establecidos en la Escuela."

En el año de 1858, con objeto de completar su carrera y con el fin de comunicar a sus alumnas el mayor caudal posible de conocimientos, sufrió en Santiago los exámenes correspondientes para Maestra superior, cuyo título le fue expedido en 25 de Octubre.

Enumerar los triunfos alcanzados desde que está al frente de la Escuela del Centro sería tarea difícil, sino imposible. Baste decir que no se han celebrado exámenes por los que no recibiese plácemes y elogios. Todas las Juntas locales parece que han tenido complacencia en reconocer por medio de atentos oficios las relevantes dotes de la Profesora, y las provinciales le han enviado repetidamente expresivos votos de gracias. Ella pudiera formar con esas comunicaciones un lucidísimo libro que satisfacería los deseos más exigentes, que muchos acaso considerarían como suficiente recompensa a una vida de sacrificios, dedicada sólo a la enseñanza y al bien.

Justísimo era, pues, que formalizado el escalafón de Maestras de esta provincia obtuviese un lugar de mérito.

Si todas esas pruebas de distinción recibidas harán que olvide los sinsabores que causa la ingrata profesión de Maestra de Escuela, lo que más le halagará indudablemente, y lo que más le animará a seguir con fe y entu-

siasmo por la senda comenzada será el ver hoy a sus antiguas discípulas, a aquellas niñas que recibieron sus lecciones y sus consejos, llamando, unas la atención por sus labores de mérito indisputables, dirigiendo otras acreditados establecimientos de enseñanza y siendo todas buenas hijas, buenas esposas, o buenas madres, labrando en una palabra la felicidad del hogar domestico, fin principal que debe proponerse la mujer cristiana.

Muchas personas pudiéramos citar de entre las educadas por esta Profesora, que sobresalieran por su instrucción. Pero aunque hagamos pesada esta tarea, no podemos menos de nombrar al inolvidable y desgraciado Teodosio Vesteiro y Torres, al tierno poeta, al entusiasta cronista de Galicia, al músico dulcísimo, cuyas obras constituyen una página gloriosa de nuestra historia, y a quien su tía doña Francisca comunicó acaso, con el estudio de las primeras letras, ese gran afán por el trabajo, esa sed insaciable de ciencia, ese amor ardiente a Galicia, de que tantas pruebas dio en su cortísima carrera por el mundo.

El pueblo de Vigo, que sabe apreciar las dotes de su Profesora del Centro, la distingue extraordinariamente, la prensa local la ha elogiado repetidas veces y todos los que visitan el magnífico edificio en que están instaladas las Escuelas no pueden menos de dedicar un momento al examen de las delicadas labores de las alumnas y de sus correctas planas que han merecido las mayores alabanzas de personas tan competentes e ilustradas como el ilustrísimo Sr. D. Joaquín Avendaño, Inspector general de Instrucción pública, cuyas bondadosas frases debe considerar esta Profesora como uno de los mayores premios obtenidos en su carrera.

Repasando hoy su brillante hoja de servicios no podemos menos de admitir que hay una causa especial que le anima, un santo estímulo que hace no desmaye ni decaiga un momento en las pesadas tareas que desempeña. Y esa causa, ese estímulo, son sin duda el amor que ha sentido siempre por el bien y la caridad inagotable que guía todos los actos de su vida.

Por esto la vemos aceptar con orgullo el cargo de Profesora de la Escuela dominical establecida en Vigo, empleando en esa clase de enseñanza los únicos días que su profesión le deja libres; y por eso no nos extraña que haya más de 20 años que sea una de las importantes socias de la Congregación de San Vicente de Paul, llevando a los pobres no sólo el pan material, sino instruyéndolos y fortaleciéndolos en las virtudes de la paciencia y resignación, virtudes que hacen olvidar las desgracias de la vida y que son el único consuelo del desamparado.

Todos estos trabajos los considera suficientemente recompensados, ya con las bendiciones de los pobres ya con la confianza que en ella ha depositado la Junta directiva de la Sociedad, de que ha sido durante 18 años su Secretaria, en cuyo tiempo ha tenido ocasión más de una vez de probar su talento y dotes literarias siguiendo ilustradas correspondencias con los Centros de la Sociedad y escribiendo interesantísimas memorias, que han llamado la atención de personas inteligentes.

No terminaremos este trabajo sin hacer mención del autorizado testimonio, que a favor de nuestra biografiada, dio el Oficial 1.º de Instrucción pública Don Santos Robledo, cuando en el verano de 1875 visitó la Escuela que tan acertadamente dirige la señora Torres.

Después de haber examinado detenidamente a las niñas en lectura, escritura, Catecismo y Gramática, satisfecho y admirado ante la seguridad y el acierto con que todas contestaban a sus preguntas, les dirigió otras sobre Geografía, Aritmética, Geometría, Historia y Análisis, y como hubiese obtenido igual y satisfactorio resultado, lleno de entusiasmo felicitó a la ilustrada Profesora, que no se concretaba a enseñar lo que a una Escuela elemental como la suya corresponde, sino que llevaba su afán y su solicitud a favor de sus queridas discípulas hasta el punto de adornar su inteligencia con otros conocimientos propios sólo de la enseñanza superior.

Este testimonio como procedente de persona imparcial y competéntísima, a la vez que hace merecida justicia a la instrucción y excepcionales dotes que para el Magisterio posee Doña Francisca Torres, pone asimismo de relieve el incansable celo y especial interés con que vela por la educación de las niñas confiadas a sus cuidados.

Aún va más allá su abnegación. Después de las horas destinadas a la clase y robando tal vez el tiempo necesario para su descanso, después de las ímprobos fatigas que consigo lleva la enseñanza, todavía no cesa en sus tareas con las discípulas, enseñándoles trabajos de adorno, y esto con desinterés, sin retribución alguna, sólo movida del deseo de que aquellas niñas adquieran mayor caudal de conocimientos, que para casi todas serán en el porvenir su único patrimonio, pues en su inmensa mayoría pertenecen a las familias más pobres y humildes. El Magisterio para nuestra biografiada no es un objeto de lucro, no es siquiera un medio de vivir, es una verdadera vocación y a él consagra todos sus afanes y todos sus desvelos según hemos tenido ocasión de observar.

Pero si Doña Francisca Torres reúne como Profesora cuantas prendas de ilustración y de carácter se necesitan para llenar a conciencia los difíciles y áridos deberes del magisterio público, que si da satisfacciones, produce también muchos y amargos sinsabores, como hija y como hermana ha sido siempre el tipo más perfecto de abnegación y de sacrificio.

No aducimos pruebas acerca de este punto porque tendríamos que entrar en el santuario de la familia, que no debe quedar abierto para todos.

Grande, muy grande ha sido el bien que durante largos años ha hecho en el ejercicio de su noble profesión, muchas las virtudes que, destellos de la suya, ha inculcado en el corazón de aquellas niñas, que mugeres (sic) hoy, recuerdan aun con infinito cariño y gratitud profunda a su bondadosa e ilustrada Profesora; y tantos honrosos servicios y admirables resultados obtenidos en su dilatada carrera, son segurísima prenda y garantía de los que todavía puede prestar; pues el incesante trabajo que hace dos años llegó a quebrantar por algún tiempo su robusta constitución, y los muchos y no peque-

ños sinsabores inherentes siempre a las penosas tareas del Magisterio ni han debilitado un punto su poderosa y privilegiada inteligencia, ni tampoco han sido parte para que menguase en lo más mínimo su singular y decidida vocación.

Los Gobiernos de España no se han cuidado nunca de crear una distinción especial para premiar a las Maestras, y es ciertamente de sentir, porque tal vez y sin tal vez las hay que merecen más que algunos Maestros una recompensa honorífica, como justo galardón a su celo, inteligencia y virtudes.

Pero la Profesora de la Escuela pública del Centro de Vigo puede en verdad estar satisfecha porque, como hemos dicho al principio, si da contento la conciencia del deber cumplido, si es un triunfo ver realizados los buenos propósitos, si es una gloria ganar el respeto y cariño de los discípulos, la alabanza de las personas honradas y la consideración de las autoridades, todos los contentos, todos los triunfos, todas las glorias que puede proporcionar el Magisterio las ha logrado en su larga carrera la Profesora que ha sido objeto de la presente biografía.

